

Homilía

La semana pasada las lecturas nos hacían recordar la vocación que tenemos como cristianos. Todos hemos sido llamados por Dios, desde el bautismo, para cumplir una misión desde la condición de vida particular que cada uno de nosotros tiene.

Las lecturas nos presentaban las imágenes del profeta y del apóstol. En ellas lo común era que Dios les llama y Dios les envía a una misión. Esto nos hacía entender que nosotros también somos esos profetas y apóstoles llamados y enviados por Dios, en este momento de nuestras vidas, en medio de nuestra sociedad.

En este domingo, las lecturas siguen la misma línea de enseñanza basada en la imagen del Pastor. Lo primero que debemos entender es que tal idea no está dirigida solamente a los ministros ordenados, sacerdotes, que por lo general les llamamos pastores. La idea va más allá, se refiere también a otro aspecto de la misión que Dios nos ha encomendado: pastorear la grey que Dios nos ha encomendado desde nuestra vocación cristiana y vida particular.

Lo primero que escuchamos es que Dios no quiere “personas que no sean buenos pastores” que en vez de unir, dividen; que en vez de ayudar se aprovechan de los más débiles. Ese es el reclamo que Dios le hace al profeta.

Es por eso que Jesús expresa con preocupación en el Evangelio que “la gente andaba como ovejas sin pastor”. No sólo es un comentario por parte de Jesús, sino una expresión de tristeza al ver que su pueblo camina perdido en este mundo. Jesús se da cuenta que su pueblo, su gente, los encargados de hacer el bien, simplemente han descuidado su tarea.

Pero ¿cómo podemos saber si somos buenos pastores o no? ¿Cómo sabe si estamos cumpliendo con esa tarea que Jesús nos encomienda? El mismo Jesús con su vida y sus obras nos da la enseñanza de cómo ser pastores para todos nuestros hermanos.

Jesús con su vida y sus palabras, llena de ánimo a todos los necesitados, cura a los enfermos, es cercano con aquel que se siente solo y abandonado, atiende y da esperanza a los considerados perdidos por el pecado y los conduce al lugar seguro que es la misericordia del padre. Esta es la obra de pastoreo que Jesús quiere, hace y nos enseña.

Nuestra labor de “pastores” en nuestros hogares, de nuestra familia, va mucho más allá de un simple cuidado y proveer las cosas básicas. El Señor no pide ir y llevar la buena noticia del Evangelio a todos los hombres, ser capaces de hacer regresar a aquel que se encuentra alejado de Dios. Es una tarea que se debe realizar cada día y en cada momento.

Es una realidad, hay muchos hermanos nuestros que andan como “ovejas sin pastor”, y son aquellos que no le encuentran sentido a su vida, aquellos que se sienten tristes porque no han conocido la alegría de Jesús en sus vidas. A ellos debemos ir, con ellos debemos estar.

El pastor que Jesús nos enseña no es el que dirige y ordena, no. Es aquel que está cerca, que conoce, que consuela y se preocupara por las personas más necesitadas.

En el fondo, Jesús con su vida de pastor nos enseña que quiere cumplir la voluntad de su Padre y “que no se pierda ninguno de los que Dios le ha dado”.

Pidámosle a Dios, poner en él toda nuestra confianza y esperanza, y que nuestra tarea de llevar su mensaje a las personas alejadas de él, lo hagamos con la seguridad que todos un día seremos un solo rebaño, guiados por un solo pastor.

Dios les bendiga.

Fr. Jhakson